

De todos los elementos característicos de una personalidad, la mirada es uno de los más significativos. Nos permite recibir y nos permite dar. Nos permite captar emociones a la vez que nos permite expresarlas. Alimenta nuestra vida psíquica y la enriquece. Nos ofrece percepciones que se incorporan a nuestras memorias y forman el cuerpo de nuestra experiencia.

De la MIRADA y de sus SORTILEGIOS (I)

— Dr. Gerard Guasch Sauvard —

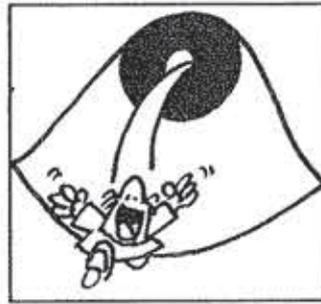
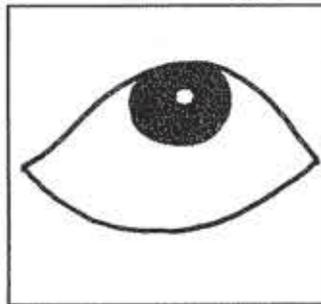
*«De los ojos al corazón van caminos tan amplios
Tan cómodos, tan suaves, de árboles tan bien plantados,
Que por ellos, en un día, pasan mil y mil bellezas
De luz y sombra, de acordes y contrastes, hechas.»*

(Miguel-Angel. Soneto LVI: De la multiplicidad de los deseos)

Ver:

Para el anatomista, el aparato visual está formado esencialmente por el globo ocular y el nervio óptico. Vemos, miramos, admiramos, examinamos, ojeamos, acechamos, observamos, vigilamos, contemplamos, oteamos, atisbamos, gracias a esos pequeños globos de unos 25 milímetros de diámetro y unos 7 gramos de peso. Pero hay más en la vista humana que la mecánica del ojo. Eso es, veo a través de los ojos más que con ellos. Ya en el siglo XIV, el místico y filósofo alemán Meister Eckhart afirmó: «Si sustraemos la mente, el ojo, que antes veía, queda abierto sin propósito». Es que, gracias a una red de asociaciones neurónicas densa cual fieltro (red que Golgi y Ramón y Cajal nos permitieron visualizar por primera vez), gracias a la intervención de complejos neuromediadores, las impresiones que captamos a través de los ojos son transportadas hasta el cerebro en forma de impulsos electroquímicos. Allí en las zonas de asociación visual de la corteza cerebral se convierten en percepciones, las cuales a su vez, gracias a las formaciones subcorticales, se impregnan de afectividad y se transforman en sensaciones.

El oftalmólogo puede hablarnos de la vista, de su agudeza, de sus anomalías, hasta puede hablarnos de las ilusiones ópticas pero, no más que el anatomista, nos habla de la mirada. De ella, o más bien sólo de ciertos de sus efectos, nos habla el neurofisiólogo que sabe registrar potenciales eléctricos evocados en el cerebro y diferenciarlos cuando el sujeto (humano o animal) mira con atención o deja su vista flotar. Pero ¿quién nos habla de la vista de una manera sensible? ¿Quién nos habla de nuestro modo de mirar? ¿Quién nos muestra la mirada en acto?



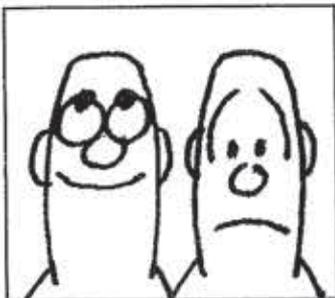
Mirar:

Heme aquí sentado un día cualquiera en una terraza, descansando. Es un día como muchos, nada en especial retiene mi atención, ni el movimiento de los coches, ni el color del cielo, ni el pasear de los transeúntes. Mi mente flotando, dejo vagar mi vista.

De repente, una forma, un color, un peinado, una forma de vestir o de andar, una silueta, llama mi atención. Vuelvo la cabeza, fijo la vista, enfoco para ver mejor. Mi cerebro, ahora más activo, produce ondas rápidas, mi corazón y mi respiración cambian de frecuencia, las ideas, los recuerdos, afluyen a mi mente, todo mi ser está en alerta. Creo reconocer la persona que allí anda, pero una duda me invade. ¿Será esta persona que pasa en la acera de enfrente realmente la que creí reconocer? Intento verla mejor, pero ya se aleja y no puedo estar seguro. Esta visión fugitiva ¿ha sido real o sólo producto de una coincidencia, de mi imaginación? Miré y no pude ver bien...

Mirar es al ver lo que escuchar es al oír, tiene un fin, un objeto; contiene un deseo, una intención, una voluntad. Mirar es algo activo. Cuando miramos, fijamos la vista en algo o en alguien; la intención está en la mirada. A través de nuestros sentidos, no sólo percibimos al mundo, lo interpretamos. Lo interpretamos de acuerdo con nuestra experiencia y nuestras necesidades. Lo interpretamos por abajo y por encima de la conciencia. La mirada transfigura y nos transfigura. En cada instante, a través de nuestra mirada, inventamos e reinventamos al mundo.

Fenomenología de la mirada:



Cuando estamos cara a cara con las demás personas, las miradas inician y rompen el contacto en un ir y venir incesante. Dentro de las ricas expresiones del lenguaje del cuerpo, más allá de las palabras, el lenguaje matizado y sutil de las miradas es el más revelador de todos. La mirada

es uno de los elementos más significativos de la interacción de una persona consigo misma, con otro o con su entorno. Permite a la vez expresar lo que siente uno y recoger información viendo al otro, y esto desde muy temprana edad. Para el lactante, el diálogo visual con la madre, el reconocerse, sentirse reconocido y amado en su mirada, es de primera importancia, le permite asentar bases firmes para el desarrollo de su personalidad.

La intensidad y el brillo de la mirada cambian de acuerdo al interés o el aburrimiento. También según los cambios emocionales. Tristeza, cólera, alegría, placer, odio, se leen enseguida en una mirada. «Espejos del alma», los ojos son el reflejo del mundo interno, psicológico y fisiológico de la persona. La carga energética de estos nos dice mucho sobre el estado vital y emocional de uno. Con algo de experiencia, basta con mirar un paciente a los ojos cuando entra al consultorio para saber cómo está anímicamente. En la acupuntura se presta mucha atención a este hecho y en las terapias psico-corporales, inspiradas en los descubrimientos de W. Reich, a los bloqueos energéticos que pueden afectar la función visual.

Las expresiones populares que se refieren a la mirada expresan ricos matices. Decimos de una mirada que acaricia, que penetra, que suplica, que mendiga. Hablamos de una mirada severa, dulce, agresiva, indulgente, suave y tierna, querendona, atrevida, insolente; de una mirada fría, helada, cálida, llena de amor o de odio... Hablamos de una mirada franca, falsa, que juzga, que condena, que absuelve; de una mirada bien o mal intencionada... Hablamos y hablamos, hay miradas y miradas... Unas nos hacen sentir bien, otras causan malestar. El pintor surrealista Alberto Gironella decía, con cierta irritación, del escritor André Pieyre de Mandiargues: «Tiene una mirada oblicua. Nunca se ve de frente y sus ojos siempre son de desconfiar».

Con la mirada podemos señalar la provocación o el desafío, la demanda o el deseo. Las personas que se sienten inferiores, tímidas o culpables, tienden a evitar el contacto visual directo con los otros. Algunos usan gafas oscuras para impedir que los penetre la mirada del otro. Existe en psicología una rica «clínica de la mirada» y podríamos describir la frente y los párpados bajos, los ojos fijos sobre la punta de los zapatos, la vista hacia el cielo, la mirada furtiva, la que se

queda fija en un punto de la pared o sobre un objeto cualquiera, el guiño a hurtadillas, que son tantas formas reveladoras de determinadas relaciones consigo mismo y con el otro.

En las terapias psicocorporales se trabaja de manera específica los bloqueos oculares y se propone experimentar la calidad de su mirada a través de experiencias relacionales de mayor o menor intimidad.

Ojo brujo:



Tres mujeres, tres monstruosas mujeres con cabelleras enmarañadas, hechas de serpientes, tres divinidades. Son las Gorgonas: Medusa, Eurlale y Esteno. Tienen un poder maléfico. Sobre todo Medusa, que fue la más hermosa. Convierten en piedra a cuantos miran. Hom-

bres, animales, plantas, nadie ni nada puede escaparse del hechizo. ¡Cruzar la mirada de Medusa es morir!

El hijo de Zeus y de Dánae, el heroico Perseo, aprovechándose de su sueño y del de las víboras, la degollará. Para escapar a la mortal mirada tuvo cuidado de captar sólo su borroso reflejo en el bronce de su escudo.

En muchas culturas se cree que una persona mala puede causar enfermedades, echar malas suertes, con su simple mirada. El malestar que se puede transmitir a alguien a través de cierto tipo de mirada parece ser el origen de la creencia popular del mal de ojo. Mal contra el cual se dice que hay que proteger en especial a los niños, las mujeres embarazadas y los animales. Todos hemos visto, en efecto, niños encogerse de miedo ante algunas miradas furiosas, cargadas de odio—miradas de locura, dirían algunos—, como si estuvieran recibiendo golpes.

Para muchos, el verse mirados con intensidad provoca sentimientos de incomodidad. Sienten confusamente estar sometidos a una fuerza ajena, estar atrapados, ser poseídos. Tratándose de adolescentes, esos a veces preguntan con inquietud: «¿Qué le he hecho yo para que me mire de ese modo?» o en forma más burlona (el humor es una defensa contra la ansiedad) «¿Qué me ves, con cara de japonés?», o vuelven la cabeza hacia atrás para asegurarse si es bien a ellos que la mirada está dirigida.

La adolescencia es la edad que gusta de los desafíos en los que hay que sostener cuanto sea posible, y sin parpadear, la mirada del otro. Las «guerras de ojos» son una forma lúdica de experimentar su potencia personal. También es la edad en que florecen las fobias visuales—miedo a ver o a ser visto—, que expresan a la perfección la ambivalencia del deseo y la inseguridad personal.

«Cuando estamos cara a cara con las demás personas, las miradas inician y rompen el contacto en un ir y venir incesante. Dentro de las ricas expresiones del lenguaje del cuerpo, más allá de las palabras, el lenguaje matizado y sutil de las miradas es el más revelador de todos»

La mirada del otro:



Jean Paul Sartre es, quizá, quien mejor ha expresado esta dimensión enajenante de la mirada. Siempre hay una imagen de mí que no puedo dominar. Sólo el otro la posee y al poseerla me da la sensación de poseerme a mí mismo. La mirada del otro me transforma, de cierta manera, en un cuerpo-

objeto que me representa. Objeto que no puedo ni concebir en la realidad que conforma para el otro, pero del cual, sin embargo, me siento responsable. Esto puede hacer que yo sienta vergüenza de mí tal y cómo (me) aparezco al otro. En este caso, el otro no es simple testigo de lo que soy, yo le doy el poder de un juez. De ahí está sentimiento de vergüenza que me hace tímido, que me entorpece. «Atrapado» debajo de su mirada, me retracto como una pobre amiba debajo del microscopio o me siento como una mariposa alfilerada en una vitrina: ¡clavado!

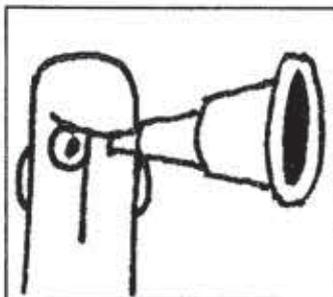
Es frecuente que pacientes en análisis expresen tal tipo de sentimientos. El hecho de estar acostado en un diván bajo la mirada de un analista, por común que hoy en día nos parezca en ciertos medios, no deja de representar algo muy especial. Sentir la mirada del analista que pesa sobre sí mismo «por atrás» puede reactivar miedos muy arcaicos y temores infantiles de ser «agredido», «penetrado» o «descubierto».

Otra situación que puede generar sentimientos de vergüenza es el descubrir repentinamente que alguien nos ha visto cuando nosotros mismos estábamos viendo algo o a alguien. Todo pasa como si temiéramos haber podido expresar con la mirada algo demasiado íntimo o haber cometido alguna indeclicadeza. La sorpresa de descubrirnos observados aumenta la emoción y el sentimiento de vergüenza.

En fin, cabe decir que a veces el «otro» somos nosotros mismos. En este caso somos juez y parte. Los que nos traiciona es nuestra imagen reflejada en algo.

«Después de desahogarme de los excesos de champaña me sorprendí a mí mismo en el espejo, indigno y feo, y me asombré que fueran terribles los estragos del amor» escribe García Márquez en uno de sus Doce cuentos peregrinos.

Mirada científica y ojo clínico:



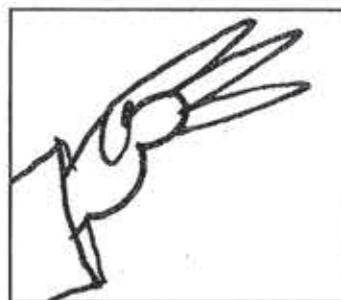
La mirada puede educarse y adiestrarse en relación con fines particulares. Así el médico, que necesitaba ver para conocer y conocer para reconocer, va formando paulatinamente lo que acostumbramos llamar su «ojo clínico».

En su afán de penetrar los secretos de la

vida, el hombre del Renacimiento, hastiado de la escolástica medieval, decide abrir algunos cuerpos y se maravilla de lo que descubre. Cuando, en el siglo XVII, aparecen el microscopio y el telescopio, de repente su mirada puede llegar más lejos, más profundo. Entonces el hombre descubre que ocupa una posición muy relativa entre el infinitamente pequeño y el infinitamente grande. Adelantos técnicos más recientes como los rayos X, las tomografías computarizadas, la resonancia magnética, el mapeo cerebral, no son más que medios, siempre más sofisticados, para satisfacer su insaciable sed de conocimiento, su inagotable deseo de ver.

La moderna maquinaria de diagnóstico que fue ideada para prolongar y agudizar la mirada del médico contiene un peligro: ¡amenaza con subvertirla! Al quedar demasiado pendiente de las pantallas y de sus imágenes, el médico podría deslumbrarse, olvidar mirar al principal objeto de sus cuidados, el paciente. Objeto paradójico además ¡ya que nunca deja de ser un sujeto! Tratar al paciente es nuestra razón de ser. Por eso debemos enseñar a los estudiantes de medicina, a mirarlo, a tocarlo, a escucharlo, a estar cerca de él. El ojo clínico requiere de más sentidos que la vista.

Miradas prestadas:



Manet, que marcó el inicio del movimiento impresionista (los impresionistas pintaron únicamente a partir de sus sensaciones; para ellos todo pasaba en el ojo y por el ojo), decía a su amigo el poeta Mallarmé: «El ojo, una mano», lo que podría ser la definición de todo

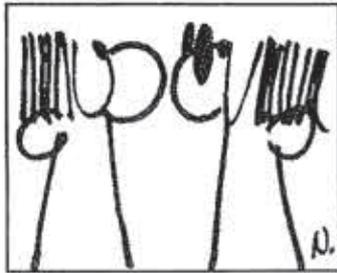
artista o de todo médico, ya que tanto para el uno como para el otro, el ojo percibe y la mano ejecuta.

El pintor Luis Filcer nos confía: «Me preocupa la gente, me interesa la gente, siempre quiero saber qué es lo que siento en lo que veo, y cuando algo me emociona, lo pinto... me pongo a dialogar con el lienzo».

La obra de un artista nos da testimonio de su mirada, de sus percepciones, de sus emociones; a veces de sus fantasías. El pintor frente a su caballete ocupa el lugar que ocupará quien mirará luego el cuadro. Así nos invita a compartir su visión del mundo, a captar con nuestra propia mirada lo que sus ojos vieron, a sentir lo que su corazón percibió. Degas, cuando pinta una mujer en la intimidad de su cuarto de baño nos invita a entrar en esta intimidad. A menudo parece querer hacer del espectador un voyeur. Velázquez, con una astucia sublime, voltea la moneda. con sus «Meninas» hace del espectador un usurpador. No es él que el artista, medio escondido detrás de su caballete, pinta. No es él que miran las pequeñas infantas, ni los enanitos que las acompañan, ni don José Nieto que sale por la puerta del fondo. El secreto se nos revela a través de un espejo situado en una pared del estudio. Allí se reflejan dos cabezas. Es la pareja real que Velázquez está pintando. Son ellos, Felipe IV y su segunda esposa Mariana de Austria, los verdaderos espectadores de la escena, no nosotros. Al ubicarse en su propia composición y al hacer que todos los personajes miren hacia los modelos reales,

Velázquez nos da la sensación que nos miran a nosotros. Con este subterfugio nos invita a entrar a su estudio, a juntar nuestra mirada con la de los reyes. Astucia de la composición pictórica, sortilegios de los espejos.

Mirar es comunicar:



Miramos a los otros en busca de información. Así podemos apreciar a través de las actitudes, de las miradas, sus intenciones o los cambios emocionales que están sufriendo. La mirada avisa. Estar mirado, ser el objeto de una determinada mirada

o de «todas las miradas», es frecuentemente interpretado como estar «distinguido, remarcado, elegido». Esto puede causar satisfacción o crear malestar. Generalmente no prolongamos nuestro examen. Sabemos que la mirada que observa, que se fija demasiado, que escudriña, puede dar el otro un sentimiento desagradable. Una vez recibido el mensaje, apartamos la vista de los otros como si quisiéramos evitar inquietarlos, respetando así un código implícito de buenos modales en el trato social. En un intercambio de miradas, un «diálogo visual», miramos y desafocamos nuestra mirada, de manera automática, para indicar al otro que no tiene nada que temer de nosotros, que

no somos peligrosos. La suavizamos, la apartamos del rostro, la dirigimos hacia el pecho o una parte ajena al cuerpo, sonreímos.

Pero una mirada expresiva representa también un peligro para quien mira, ya que puede expresar sin velo un sentimiento («tenía una mirada de deseo, de asco, de reprobación...»). El lenguaje popular dice que uno puede «estar traicionado por su mirada» haciendo de ésta la expresión de la verdad íntima del individuo. Así a las estrellas (del cine, de la moda, de la política) y a los agentes secretos, como a todos los que tienen interés en preservar cierto secreto, cierto misterio (incluso los paranoicos), les gusta usar gafas negras.

Gráficamente se acostumbra representar a los seres espirituales con una mirada buena, luminosa, generosa, llena de compasión o de amor. Una mirada sin segundas intenciones, una mirada pura, una mirada ingenua como la de un niño, puede funcionar como revelador. Es el tema del cuento popular: *Los vestidos nuevos del emperador*. Todos fijan, con este servilismo y lambisconería bien conocidos en los medios políticos, admirar la tela impalpable con la cual unos hábiles truhanes pretenden haber vestido al monarca, cuando el niño grita: «¡El emperador está desnudo!...»

**Todo esto nos ayuda a entender
cuan difícil es sostener una mirada sin
llegar a sentir, a veces, que nos pueden descubrir, que van a penetrar
nuestros más recónditos secretos.**

ODA AL OJO

*Poderoso eres, pero
una arenilla,
una pata de mosca,
la mitad de un milígramo
de polvo
entró en tu ojo derecho
y el mundo
se hizo negro y borroso,
las calles
se volvieron escaleras,
los edificios se cubrieron
de humo,
tu amor, tu hijo, tu plato
cambiaron de color, se
transformaron
en palmeras o arañas.*

¡Cuida el ojo!

*El ojo,
globo de maravilla,
pequeño
pulpo de nuestro abismo
que extrae
la luz de las tinieblas,
perla
elaboradora,
magnético
azabache,
maquinilla*

*rápida
como nada o como nadie,
fotógrafo
vertiginoso,
pintor francés,
revelador de asombro.*

*Ojo,
diste nombre
a la luz de la esmeralda,
sigues
el crecimiento
del naranjo
y controlas
las leyes de la aurora,
mides,
adviertes el peligro,
te encuentras con el rayo
de otros ojos
y arde en el corazón la llama,
como un
milenario molusco,
te sobrecoges
al ataque del ácido,
lees,
lees
números de banqueros,
alfabetos
de tERNOS colegiales*

*de Turquía,
de Paraguay, de Malta,
lees
nóminas
y novelas,
abarcas olas, ríos,
geografías,
exploras,
reconoces
tu bandera
en el remoto mar,
entre los barcos,
guardas al naufrago*

*el retrato
más azul del cielo
y de noche
tu pequeña
ventana
que se cierra
se abre por otro lado,
como un túnel,
a la indecisa patria
de los sueños...*

**PABLO NERUDA
1904-1973)**

***Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?***

***Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.***

***¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.***

GUTIERRE DE CETINA (1520-1554)